

ABASTECIMIENTOS DE AGUA URBANOS Y DESARROLLO SOSTENIBLE

"En el país, reseco por las pertinaces sequías, se ansía el agua y se la adora" escribió Henry Swinburne en 1775, en sus Impresiones viajeras de España. Así ha sido recordado en las recientes XVIII Jornadas Técnicas de la Asociación Española de Abastecimientos de Agua y Saneamiento (AEAS), celebradas en Murcia, con ocasión de tratar la gestión de los abastecimientos en períodos de sequía.

No es pues la sequía un problema nuevo de España, ni tampoco exclusivo, como se puede comprobar en la obra Planeamiento y Gestión de Sequías de la American Water Works Association (AWWA, 1992), donde se afirma que "durante la última década, prácticamente la totalidad de regiones de los Estados Unidos, incluidas las consideradas ricas en agua, han sufrido sequías y sus consecuencias en los abastecimientos de agua urbanos a la población". En la misma línea se comportan países donde cuesta asociar el color casi permanentemente verde de sus campos con la falta de agua, como ha quedado demostrado recientemente en Inglaterra. Hay, sin embargo, diferencias que conviene destacar. Así, uno de los aspectos que caracteriza a los países desarrollados, con una auténtica cultura del agua, es cómo gestionan sus sequías para evitar, entre otros aspectos, interrupciones temporales de servicios de agua urbanos.

Interrupciones drásticas de servicios de aguas se han venido practicando en España con asiduidad y profusión, a distancia de los estándares de calidad que debería exigirse en países como el nuestro. La alternativa de disminuir la presión en la red de abastecimiento, aunque más adecuada desde la perspectiva estrictamente hidráulica, equivale a una interrupción selectiva del servicio que supone un trato diferenciado al conjunto de usuarios. Tampoco es pues satisfactoria.

Para una gestión eficaz de las sequías, independientemente de la modalidad adoptada (reducción porcentual del consumo, establecimiento de una cota de consumo, etc.), es necesario disponer de un sistema de distribución controlado. Esto se concreta en tres exigencias básicas: buen estado de la red, medición precisa, tanto de los consumos como del gasto circulante, y, finalmente, perfecta regulación del conjunto.

En el contexto precedente, modernizar un abastecimiento no es tarea a improvisar, sino el fruto de una planificación a desarrollar con un trabajo continuado y discreto que dista mucho de ser breve y brillante. y es aquí, precisamente, donde estriba la dificultad de erradicar tendencias al abandono. De aquí que, una y otra vez, se acumule la incuria. Hasta el punto de crear situaciones límite ante las que, periódicamente, se acaba recurriendo a la captación improvisada de recursos alternativos (nuevos pozos, transportes de emergencia -algunos, hasta por vía marítima-, o, en fin, plantas desaladoras) y por supuesto a la socorrida interrupción temporal del servicio.

Atrás ha quedado la última sequía -salvo para algunas zonas del sureste mediterráneo-. Y, con ella, pasó la crispación. Nos ha recordado la necesidad de mitigar los períodos secos que están por venir, asegurando y, si es posible, incrementando, los recursos hídricos disponibles. Pero ello, en no pocas ocasiones, arriesga degenerar en una política hidráulica "expansionista". Y, al igual que en todo presupuesto económico, si no se racionaliza el gasto, mantener en el tiempo estas actuaciones, puede conducir a la quiebra del sistema.

El desarrollo sostenible se apoya en el equilibrio, estable en promedio, entre los recursos y el gasto, y el camino para alcanzarlo pasa inequívocamente por la modernización y el mantenimiento de los sistemas de distribución. La tregua que han traído las últimas y copiosas lluvias señala una oportunidad para que una política más racional recorra ese camino en línea con las nuevas tendencias. No aprovechar esta coyuntura favorable para prevenir riesgos de sequías más que probables equivale a tomar un camino sembrado de peligros que hoy son evitables. Sería una grave irresponsabilidad.